



Mirta Pérez Rey

EL SECRETO
DE SIBILA

B

Mirta Pérez Rey

El secreto de Sibila

Ediciones B

SÍGUENOS EN



@Ebooks



@megustaleerarg



@megustaleerarg

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Este libro intenta ser un homenaje a los "fantasmas del Colón". No solo a los famosos cantantes, músicos y bailarines que pasaron por su escenario y que sobreviven en la prensa y en la memoria del público, sino también a los trabajadores generalmente anónimos que soñaron, crearon y trabajaron por y para el teatro desde hace más de cien años.

También quiere ser un reconocimiento a los artistas y los trabajadores contemporáneos que participaron de su restauración, y que no pertenecen al staff de fantasmas del Teatro Colón... todavía.

En la sucesión de los acontecimientos políticos, crisis financiera y catástrofes comerciales, hay algo que resiste á los golpes del destino, y que al resistir, toma nuevo incremento; ese algo es el sentimiento artístico, es el culto del arte, y es ese sentimiento que, caracterizando el grado de cultura, de nobleza y elevación de un pueblo, resiste á cualquier alteración política.

Este género que no llamamos estilo por ser demasiado manierato quisiera tener los caracteres generales del renacimiento italiano, alternados con la buena distribución y solidez de detalle propia de la arquitectura alemana, y la gracia, variedad y bazarria de ornamentación propia de la arquitectura francesa.

Víctor Meano

El Nuevo Teatro Colón, Buenos Aires.

Planos definitivos aprobados por el Superior Gobierno con Decreto de fecha 10 de septiembre de 1892: especificaciones, detalles de construcción y de ornamentación

He querido hacer de la cúpula un espejo, una memoria de colores que evoque la magia de este Teatro.

Al poner las manos en el proyecto, pensé fijar en el techo todo lo que acontece y aconteció en el escenario. De este

modo surgió la idea de esa ronda en espiral invadida por cincuenta y una figuras, incluyendo los duendes del Teatro, que logré rescatar escondidos en cada rincón...

Raúl Soldi

"Alegorías de la música el canto y el baile" (1965)

Prólogo

Diciembre de 2006

Milagros ingresó al palco. El tercero de la derecha. Desde hacía varios días trabajaba en ese lugar y no podía quitarse la sensación de ser observada mientras permanecía en él. Se dijo a sí misma que era una tontería, pero la impresión persistía.

Había estado retirando las alfombras que iban a ser cambiadas, poco a poco se iba desvistiendo al "gigante", eran procedimientos que se registraban rigurosamente. Cada mueble o tela que se quitaba daba lugar a una medición de sonido. La idea era volver a armarlo exactamente igual, para que las excelentes condiciones acústicas que postulaban al Teatro Colón como uno de los mejores del mundo no se vieran alteradas cuando la obra estuviera concluida.

Antes de comenzar con la tarea del día, se tomó unos momentos para asomarse al balcón del palco y estudiar el entorno. Ya se habían retirado las sillas de todos los niveles, hacía pocos días también se habían removido las butacas de las plateas, por eso en ese momento Milagros observaba la gran sala prácticamente vacía. En realidad solo libre de muebles porque había trabajadores por todas partes. Distintos grupos se diseminaban por el teatro y podía surgir gente hasta de los zócalos, que por supuesto también se

estaban restaurando. El vacío de la sala amplificaba las voces de los operarios y artesanos generando miles de ecos que impedían saber de dónde provenían exactamente. Esto y la medialuz en algunos de los espacios en refacción contribuían a generar una atmósfera de irrealidad, casi espectral.

Tras esos pocos minutos de recreo, Milagros volvió al interior del palco. Debía retirar el entelado de las paredes, los paneles de seda y la pasamanería para cambiarlo por otra tela exactamente igual que se había mandado a confeccionar a Italia con procesos ignífugos.

Comenzó a desmontar el último de los paneles. Al retirar una de las pasamanerías detectó una línea de corte en la tela. Era muy extraño. Con mucho cuidado terminó de separar la seda y comprobó que continuaba por todo el perímetro del panel.

Una vez eliminada la tela, pudo observar que la línea de corte se correspondía con otra finísima en la pared, ahora desvestida.

Dudó unos momentos, efectivamente la casi imperceptible ranura dibujaba un rectángulo perfecto. Su curiosidad se activó, se dirigió hacia donde estaban sus herramientas buscando algo lo suficientemente fino como para encajar en la rendija y tomó una que parecía adecuada. La introdujo suavemente en la ranura de la derecha y comenzó a presionar con mucho cuidado para adentro y para afuera pero no consiguió moverlo. Al hacer lo mismo sobre la línea izquierda, el panel giró sobre unas bisagras pequeñísimas del lado derecho, que no había observado antes.

Con mucho cuidado lo abrió totalmente, con la convicción de que eso no era habitual: allí no debería haber más

que un borde decorativo. Sin embargo, la ingeniosa puerta daba paso a un nicho oculto, al parecer poco profundo.

Estaba oscuro.

Inmediatamente percibió una presencia, era como si alguien la estuviera observando. Sin tener en claro el porqué de su actitud, cerró rápidamente el panel ocultándolo a la vista de quien se hubiera acercado. Hecho esto, giró para ver quién había entrado al palco, pero no vio a nadie.

—¡Es extraño! —se dijo a sí misma, no sin cierta inquietud—. Estaba segura de que había alguien. ¡Deben haber sido los ecos de las voces, que me confundieron!

Una vez que comprobó que estaba sola en el lugar, tomó su caja de herramientas y buscó una linterna. Siempre tenía una a mano porque algunos trabajos se realizaban en lugares poco iluminados o rincones a los que las luces ambiente no llegaban con nitidez. Se dirigió nuevamente al pequeño gabinete y volvió a abrirlo. Encendió la linterna para iluminar el interior y estudiarlo detalladamente.

Lo que encontró dentro la llenó de asombro.

—¡No puedo creerlo! ¿Qué hace esto acá? —se dijo momentáneamente paralizada.

Tomó el objeto con mucha delicadeza para observarlo mejor a la luz del palco y no tuvo dudas. Conocía perfectamente lo que tenía en sus manos.

¡No podía ser una coincidencia!

No sabía qué hacer, luchaba con sus instintos. Sabía que tenía que denunciar inmediatamente el hallazgo a los coordinadores de la obra, pero por otra parte tenía la convicción —aunque no podía explicarlo racionalmente— de que no debía hacerlo. Algo le decía que debía esperar. Sabía

que era ridículo pero podía sentir una energía, casi una presencia que le impedía actuar, hacer lo correcto.

Quedó inmovilizada durante unos momentos mientras se debatía entre obedecer a su razón o a sus presentimientos.

Se sobresaltó al escuchar pasos en el pasillo fuera del palco. Esto la urgió a tomar una decisión. Por el momento investigaría y mantendría en secreto el hallazgo.

Con mucho cuidado y asegurándose de que nadie hubiera visto la situación, volvió a colocar el objeto en su lugar, cerró la puerta e intentó ocultar la ranura con la pasamane-
ría.

Cuando quedó conforme con su trabajo, sacó el celular, marcó el número de contacto y cuando la atendieron dijo:

—Nonna, tenemos que hablar...

CLARA



1

Abril de 1907

Clara y el Teatro Colón habían nacido juntos en 1890, y quizá por eso ella siempre había sentido una especial atracción por ese edificio monumental. Cada vez que su padre visitaba las obras, ella insistía tanto en que la llevara que él no podía negarse, aun con la desaprobación de su madre, que consideraba que un lugar en construcción no era adecuado para que concurriera una niña de buena cuna.

Ingresó al palco de la familia, el tercero de la derecha de los palcos bajos, y encontró allí algunas personas trabajando. Las obras estaban bastante adelantadas, la estructura estaba terminada y comenzaban las tareas para “vestir” al teatro. Clara esperaba con mucha ansiedad esta etapa, habían convocado a artistas italianos y a muchos argentinos que habían tenido la oportunidad de formarse o especializarse en Europa. Se acercó a uno de los trabajadores:

—Buenos días, espero no molestarlos. ¿Cómo va la obra?

El hombre que estaba a cargo se adelantó rápidamente a saludar.

—Muy bien, señorita, estamos mejorando las superficies para comenzar con las tareas de pintura y colocación de telas y alfombras.

—Ya veo. ¿Qué otros detalles artísticos tendrán estos palcos?

—Se realizarán los relieves de los frentes de los balcones. Y allí donde usted está apoyada se revestirá con madera bien pulida. Los palcos que llevarán terminaciones escultóricas serán los *avant-scene*; ya hay un artista italiano contratado para realizar estos y otros trabajos, no solo de la sala, sino también del *foyer* y de otros salones.

Clara estaba cada vez más interesada e intentaba obtener la mayor información posible del trabajador, que hablaba con gran orgullo de su labor.

—¿Usted lo conoce? Al escultor, digo. ¿Sabe quién es?

—No personalmente, señorita. Pero sí sé su nombre. Es el maestro Luigi Trinchero, un artista muy valorado. Hace unos años que llegó a Buenos Aires y tiene un taller en la ciudad. Ya ha hecho otros trabajos para edificios muy importantes. También se dice que está convocando a artistas italianos para colaborar en las obras y a su vez desempeñarse como maestros en su taller.

—Muchas gracias, señor...

—Juan López, señorita, a sus órdenes.

—Nuevamente gracias por la información, señor López. Continúe, por favor. Yo me quedaré solo un momento.

Clara se asomó a la baranda para observar la sala. ¡Era imponente! A la derecha se encontraba el escenario; girando la cabeza hacia la izquierda, podía ver la zona destinada a las plateas, y rodeando este espacio, los distintos niveles de localidades, desde los palcos bajos hasta el Paraíso. La distribución era muy especial, en forma de herradura, lo cual garantizaba, según los expertos, que la acústica del teatro fuera inmejorable.

Mientras observaba e imaginaba cómo quedaría una vez se hubieran terminado todos los detalles artísticos, la conversación mantenida con el señor López daba vueltas por su cabeza. Tomó la decisión de hablar con su padre, no iba a poder negarse. ¡Nunca lo hacía!

Jules Pellet se encontraba en el despacho de su casa, parado frente a la ventana. Miraba la calle siguiendo el movimiento de algunos coches que pasaban, mientras fumaba un cigarro. El aroma a tabaco le daba placer y lo ayudaba a concentrar sus pensamientos. Y sus pensamientos, otra vez, tenían que ver con Clara.

Al volver de su visita al teatro en obras, muy seriamente le había dicho: “¡Padre, tenemos que hablar!”.

Y Jules supo que estaba en problemas.

Clara era su debilidad, hacía tiempo que no se molestaba en negárselo a sí mismo. Pero la muchacha nunca se conformaba con el lugar que los demás querían para ella, fundamentalmente su madre. Con ella siempre se enfrentaba, y así había sido hasta su fallecimiento.

La última disputa se produjo cuando Clara se empeñó en estudiar en la Escuela Normal de Profesoras. Mercedes había puesto el grito en el cielo argumentando que ella era una niña de buena familia, que era impensable que asistiera a un colegio laico y mucho menos que, concluida su educación, se dedicara a la enseñanza, como amenazaba desde tierna edad.

El tiempo quiso que Mercedes enfermara seriamente y falleciera poco después. Tras la muerte de su mujer, Jules no supo o no quiso contradecir a su hija, quien había egre-

sado con honores de la Escuela Normal. Se había recibido de profesora a fines del año anterior. Clara le recordaba mucho su juventud, su entusiasmo, sus ganas de aprender y su falta de conformismo.

En ese momento tocaron a la puerta del despacho y, sin esperar permiso, ingresó Julio, su hijo mayor, vestido de fiesta.

—Padre, necesito dinero.

—Buenas tardes, hijo —respondió con ironía Jules.

—Perdón, padre, buenas tardes. Discúlpeme, pero es que tengo prisa.

—¿Adónde vas a estas horas así vestido?

—Al Jockey con Armando y Lito.

—Pero me dijiste que saldrías mañana temprano para el campo. Prometiste supervisar la siembra y ya se agota el tiempo.

—Un día más no hará mella, padre. Esta noche quedamos con unos amigos que conocimos en Europa, quiero verlos antes de ir a la estancia.

—Habíamos hablado otra cosa, Julio. Cuanto más tardes en ir, menos posibilidades tendremos de solucionar los problemas que hayan surgido.

—Un día más y me iré a divertir con los choclos al campo, se lo prometo. Tendremos unas fiestas increíbles. Ahora, por favor, deme algo de dinero que mis amigos me esperan.

Jules, vencido, se dirigió a la caja fuerte. Le ofreció un fajo de billetes y le hizo una advertencia:

—Es lo último que te doy hasta que cumplas tu palabra. Ya no eres un niño, te di una responsabilidad y espero que la asumas.